

De vuelta por los pueblos de colonización

Francisco Javier Monclús Fraga

Dpto. de Urbanismo y Ordenación del territorio de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura.
Universitat Politècnica de Catalunya

Hace veinte años escribía que el proceso de colonización agraria en la España contemporánea constituía un campo de problemas escasamente explorado por los historiadores. Frente a una experiencia medieval mejor analizada, tal vez por la mayor incidencia sobre el territorio de sus efectos prácticos pero también por su alejamiento en el tiempo, pocos eran los estudios que hasta aquel momento se habían detenido a reflexionar y trazar la más cercana historia de las políticas colonizadoras iniciadas a partir del siglo XIX y concluidas con el Instituto Nacional de Colonización.

Tal vez parte de la dificultad de aquel estudio radicaba entonces en la proximidad al Franquismo y en que el tema enlazaba directamente con el llamado “eterno problema agrario”, asunto que había estado en la base de buena parte de los conflictos más graves del siglo XX y que a la postre había desembocado –o así se había querido justificar– en la Guerra Civil. Pero precisamente por esa razón, ya entrados en los años ochenta, se hacía necesaria y casi urgente un estudio en profundidad de la historia de la colonización en España que, más allá de la propaganda franquista y más allá de los recelos de los perdedores de la Guerra, evaluara su importancia, significado y orígenes. Superar la historia de las ideologías –aún sin olvidarla– y los ya para entonces gastados discursos de “base/superestructura” para entrar en un fenómeno que guardaba una relación compleja con las transformaciones reales del espacio rural.

Un grupo de investigadores, sociólogos, economistas, arquitectos, ingenieros y antropólogos, abordamos entonces lo que recibió el nombre de “Historia y Evolución de la Colonización en España”. El estudio se enfocaba, como no podía ser de otra manera, desde una perspectiva abiertamente multidisciplinar, pues la complejidad de la experiencia no podía reducirse a lo estrictamente agrónomo o a la social, dejando casi como apéndices secundarios aspectos como la transformación del territorio o el análisis de historia política. Esta amplitud del estudio también se mostraba en el tiempo, buscando los orígenes de unas políticas, técnicas y ambiciones que no habían sido exclusivas del franquismo sino que se remontaban, al menos, al siglo XIX y al programa regeneracionista de Joaquín Costa: un mito de transformación, de salvación del país que recorrería como ningún otro proyecto iba a hacerlo la convulsa historia de la España contemporánea. El documento resultante de este estudio, publicado en cuatro volúmenes, de ninguna manera iba a agotar el tema, pero sí pretendía sentar las bases para que futuras investigaciones abordaran la materia.

Dos décadas después vemos cómo aquel testigo ha sido recogido por una nueva generación de investigadores. Lo que entonces había sido abordado desde una perspectiva global y, por tanto, necesariamente incompleta, es perfilado, matizado, en ocasiones contradicho, desde una nueva perspectiva cultural y desde nuevas aproximaciones. La propia evolución de los espacios y sociedades procedentes de la colonización exigen nuevos enfoques que no sólo expliquen, sino que proyecten hacia el futuro estos territorios y a estos hombres y mujeres. Una nueva cultura del agua, los nuevos paradigmas de control de los recursos, así como la nueva cultura urbanística, paisajística y territorial, sitúan el presente en coordenadas distintas y obligan a volver la mirada al pasado para, una vez más, entenderlo, encauzarlo y en ocasiones incluso revertirlo.

En el campo de la transformación del territorio, la primera aproximación que guió el estudio hace años –entender el proceso colonizador a la vez como proyecto económico y social y como técnica de intervención en el territorio– es ahora enriquecida con nuevos enfoques de sostenibilidad o nuevas sensibilidades paisajísticas que nos descubren fragmentos de paisaje humanizado de profunda belleza y nos enseñan a leer sus valores y a disfrutarlos.

Un campo de fértil investigación relacionado con la historia de la arquitectura y el urbanismo procede de las nuevas exigencias de protección patrimonial. Las granjas agrícolas del XIX, las primitivas colonias agrícolas de comienzos del XX y sobre todo los pueblos de colonización del INC, estudiados hasta hace poco como singular ejemplo de la cultura arquitectónica de su tiempo y reflejo de una difícil pero continua vía de modernización, hoy no sólo se entienden ya como parte integrante de nuestro patrimonio edificado, sino que se descubren sometidos a amenazas para su integridad más allá del normal crecimiento de una población, sea por el abandono de sus moradores o por el inverso y depredador proceso de la especulación. El conocimiento que durante estos años hemos adquirido sobre la arquitectura del siglo XX nos permite valorar estos pueblos dentro de una compleja historia que en nuestro país se escribió en ocasiones a contracorriente. Por otro lado, la singularidad de los mismos justifica su consideración como un conjunto de paisajes culturales relevantes, utilizando las concepciones que se imponen a nivel internacional y que han sido adoptadas por la UNESCO hace más de una década.

El esfuerzo de los investigadores está además sacando a la luz ejemplos antes desconocidos que hoy nos sorprenden por su valentía proyectual y por sus generosas y acertadas soluciones urbanísticas, por la libertad de un pensamiento que se atrevió a crear fragmentos

urbanos de inusitada modernidad y amable convivencia que contrastan con la demasiado frecuente mediocridad actual de demasiados tejidos residenciales, incluidos los de crecimiento de algunos de estos pueblos, cuyo triste contraste subraya aún más el valor de lo pasado. Frente a esto, algunas experiencias nos ayudan a encontrar un camino a mi juicio más acertado de evolución y aprecio por el patrimonio que, no es de extrañar, casi siempre supone también una más alta consideración de nuestro presente.

Por supuesto, no todo fue creación deslumbrante en el INC, más al contrario. La medida de estos pueblos es la de una modesta simplicidad basada en razones económicas y en el sentido común y un cierto gusto por lo pintoresco. Incluso aquí las investigaciones actuales, por su diversidad y mayor amplitud, nos ayudan a situar en su justa medida cada uno de los pueblos y de las zonas regables y son herramienta fundamental para el desarrollo futuro de los mismos.

La presente publicación es una muestra y un encuentro de estas nuevas investigaciones y estudios, de estos nuevos enfoques y de esta nueva realidad. El tema, que aparentemente es tan modesto, sigue despertando interés. Resulta gratificante como investigador comprobar que los esfuerzos que hace veinte años se hicieron ahora tienen continuidad. Y sobre todo resulta gratificante aprender de los que han seguido un camino que entonces se abrió, descubrir con placer aquello que no se tuvo en cuenta y que hoy, ahora, sale a la luz. Por encima de esta pequeña vanidad personal, satisface saber que las transformaciones de modernización del medio rural durante el siglo XX son evaluadas para su conservación y difundidas para su aprecio, tanto de sus presentes habitantes como de una sociedad que no debe echar en saco roto las enseñanzas de la historia.